

El cuerpo diplomático acreditado en Quito y la Guerra de los Cuatro Días en 1932

Leopoldo Tobar Salazar*

Si las controversias políticas por el control del poder no se resuelven con palabras, las ametralladoras hablan. Esto aconteció a finales de agosto e inicios de septiembre de 1932, en que en número de mil a mil quinientos cadáveres tendidos en las calles convirtieron a Quito en un cementerio viviente. Es la guerra de los cuatro días bárbaros en que la burguesía banquera agroexportadora, desplazada del poder por la revolución juliana, y el sector terrateniente del centro norte del país, a balazos pretendieron imponer su derecho a administrar el Estado ecuatoriano.

Por su acción humanitaria, durante la contienda sobresalieron los médicos, enfermeras y estudiantes de medicina de la Universidad Central, las monjas de la Caridad y las Carmelitas del Monasterio del Carmen Alto, quienes en el Hospital Civil atendían a los heridos y muertos, lugar en donde faltaba agua, alimentos, luz eléctrica, y, aunque hasta ahora ignorados por la Historia, los miembros de las Misiones Diplomáticas extranjeras acreditadas en Qui-

to, quienes, arriesgando su vida inclusive, prestaron sus buenos oficios para que los beligerantes acordaran un armisticio, un acuerdo de paz, con base en el cual cesaran las hostilidades y la guerra llegara a su fin.

En el Derecho Internacional Público los buenos oficios que puede prestar el Cuerpo Diplomático son apenas elementos de enlace entre las partes en conflicto para que estas a través del diálogo y las negociaciones arriben a un avenimiento, actuación que no viola el principio de la libre determinación de los pueblos. En esos caóticos e inmisericordes días, en los que a más de la lucha por el control del Estado, también se expresó a balazos la pobreza de la tropa contra los privilegios de la oficialidad militar y policial.

En los dos informes sobre la guerra de los cuatro días que el ministro norteamericano en Quito, William Dawson, envió al Departamento de Estado de su país, se evidencia la veracidad, la objetividad, la discreción y el compromiso de parar la guerra para salvar vidas. Gestión

* Poeta ecuatoriano, autor de numerosas obras de diverso género.

diplomática que se verifica en los testimonios y el análisis que de los acontecimientos hicieron los sargentos, cabos y soldados, en su mayoría del Regimiento Bolívar, en el libro de su autoría: *Campaña de Siete Días*, publicado en 1933; así mismo en los documentos histórico militares del capitán Luis A. Rueda y del coronel Carlos Salvador.

En la mañana del 27 de agosto, a pocas horas de que en el cuartel del Regimiento Bolívar estallara la guerra, Alfredo Baquerizo Moreno, quien fracasó en el intento dictatorial de mantenerse en el gobierno con el apoyo de la oficialidad del Ejército, abandonó el Palacio de Carondelet y se asiló en la Legación de Argentina, convirtiéndola durante días en su despacho, en razón de que legalmente se mantenía como Encargado del Poder; algunos de sus ministros se refugiaron en otras legaciones y otros huyeron a Riobamba; a las once de la noche de este mismo día, desde la casa de Emilio Bonifaz, el presidente electo por el pueblo y destituido por el Congreso, partieron dos comisiones, la conformada por senadores y el encargado de Negocios de Chile al norte, y la integrada por senadores y el señor ministro de Italia al sur de la ciudad, a negociar para frenar la ofensiva de las fuerzas atacantes, comisiones que retornaron al mediodía del 28 de agosto, a dar cuenta de su cometido al nuevo Encargado del Poder señor Carlos Freile Larrea, quien creía posible alcanzar la paz

“siempre que los mediadores fueran los del Cuerpo Diplomático”.

El lunes 29 en Quito reinó la muerte, asesinados cayeron inclusive mujeres, niños, ancianos, cualquier viviente que absurdamente asomara a la calle; el martes 30, a las diez de la mañana, miembros del Cuerpo Diplomático y otros caballeros locales, debatían sobre probables mecanismos de pacificación en casa de Freile Larrea, el Encargado del Poder; el miércoles 31, no obstante de que Quito continuaba convertida en un campo de batalla, las gestiones diplomáticas no cesaron, el ministro francés y el ministro norteamericano dialogaban con los jefes de los bandos combatientes, no obstante de que grupos de la tropa y grupos de civiles actuaban autónomos, matando y dejándose matar al grito de Viva la Constitución.

La asistencia hostil de la Cruz Roja se verificó al comprobar que los ocupantes de sus vehículos transportaban armas y municiones, o bien las recogían de manos de los combatientes muertos y las entregaban a uno de los bandos beligerantes, hecho determinante para que los únicos medios de traslado confiables fueran los vehículos de las Legaciones Diplomáticas que día y noche circularon de norte a sur en la ciudad, amparándose con las banderas de sus países, llevando a diplomáticos, líderes representativos o mensajes interactivos para convenir el armisticio.

El jueves 1 de septiembre, cuarto día de guerra, desde el amanecer recrudesció la lucha. En sus testimonios los combatientes cuentan que a las once de la mañana de ese día el “Exmo. Sr. Andrés Le Mallier, Ministro de la República Francesa, se presentó en la Escuela correccional pidiéndonos, a nombre de la humanidad que cesáramos los fuegos, para entrar inmediatamente en arreglos de paz propuestos por el Alto Comando; le manifestamos nosotros que para suspender los fuegos teníamos que firmar un convenio (armisticio) con representantes del enemigo legalmente acreditados. El Exmo. señor Ministro nos dijo que él venía del Cuartel General de las tropas atacantes y con autorización verbal de sus dirigentes, y que no teníamos porque dudar de la palabra del representante de Francia; agregando que si se suspendía de nuestra parte el fuego de artillería, las baterías enemigas cesarían los suyos. Así lo hicimos, al ordenar que las piezas silenciaran sus disparos; y, como cesaran también los del enemigo, vimos claramente que el Sr. Ministro traía las atribuciones que nos expuso con su franqueza de caballero. (...) Invitados por el Exmo. Ministro Le Mallier al Pensionado La Salle para firmar un convenio encaminado a cesar la lucha, sin abandonar nuestras posiciones mientras se debatía la paz anunciamos personalmente a nuestros soldados, antes de ir al Pensio-

nado, que estuvieran listos en sus líneas de defensa y más alerta que nunca; pues creíamos que si bien el Sr. Ministro de Francia obraba honradamente en sus mediaciones por la paz del Ecuador, en cambio debíamos creer como artículo de fe que estaba engañado por el Alto Comando que solapadamente se valía de los buenos oficios del Ministro de Francia para ganar tiempo y facilidad para sus avances, durante la cesación de los fuegos, y después atacarnos por sorpresa, asesinandonos traidoramente. Luego veremos que no nos engañábamos”.

El protagonista de las negociaciones de paz entre los defensores de Quito y los atacantes que aspiraban la toma de la ciudad, fue el ministro de Francia Andrés Le Mallier. Apasionado, infatigable, abierto defensor de la vida humana, amigo de los líderes militares y políticos nacionales, probablemente también de los lobos miembros de la Logia Masónica (al parecer ideólogos y estrategias de este crimen de guerra), Le Mallier rebasó las líneas de la diplomacia para alcanzar la paz negociada; verbigracia, al término de la guerra, la tropa del Regimiento Bolívar protestaba que el general Ángel Isaac Chiriboga, comandante de los atacantes, recibiera un homenaje de la Sociedad Bolivariana y fuera de embajador a Francia, designado por el novísimo Encargado del Poder Alberto Guerrero Martínez, un exescolta de Eloy Alfaro y repre-

sentante de la burguesía banquera agroexportadora.

Por los informes de los actores militares y las narraciones de los testigos presenciales, publicados al término de la guerra, los buenos oficios del Cuerpo Diplomático que actuó bajo coordinación del decano del Cuerpo Diplomático (el ministro argentino) y a pedido del esporádico Jefe de Estado ecuatoriano, alcanzaron un buen producto: la preservación de la vida. Indudable es que bajo una lluvia de balas, los estudiantes de medicina, las monjas de la Caridad, las Carmelitas y el Cuerpo Diplomático coadyuvaron a vencerle a la muerte que asolaba a la capital política, enigmática y loca, que llamamos Quito, pues el gobierno, a menos de un mes después del siniestro conflicto, organizó una corrida de toros, con bandas de música y baile.

Cuerpo diplomático y la Guerra de los Cuatro Días

Los documentos siguientes son traducciones de los despachos del Ministro estadounidense en Quito, William Dawson, en los que informa al Departamento del Estado sobre la “Guerra de los Cuatro días”.

Fuera de su interés por representar el punto de vista independiente de un extranjero bien informado y que fue testigo presencial, estos documentos proporcionan nuevos datos sobre la actuación desinteresada y humanitaria del Cuerpo Diplomático. Se puede apreciar su buena voluntad y los riesgos personales que corrieron tanto como la discreción que ejercieron.

El Sr. Dawson, en este análisis esmerado e imparcial, logra aclarar por qué fracasaron las negociaciones entre los combatientes a la vez que intenta establecer la responsabilidad por los acontecimientos.

Legación de los Estados
Unidos de América

Quito, 3 de septiembre, 1932

Los Hechos en Quito desde el 24 de agosto el 2 de septiembre; Movimiento Militar y la captura de la ciudad por las fuerzas atacantes.

Al Honorable Secretario de Estado,

Washington, D.C.

Señor:

Tengo el honor de presentar el siguiente reporte sobre los hechos trágicos de la semana pasada en Quito. Se hace referencia a este respecto a los cables de la Legación Num. 35 del 27 de agosto, Nums. 38, 37 y 38 del 28 de agosto, Num. 39 del 29 de agosto, y Nums. 40 y 41 del 2 de septiembre. Por motivo de la brevedad, comenzaré con un sumario cronológico de los hechos mismos, seguidos por una discusión detallada de su origen y significación.

Como previamente anoté en el despacho Num. 666 del 23 de agosto, parecía en ese momento y creían muchos observadores bien informados que la lucha amarga sobre el Señor Bonifaz se había terminado pacíficamente con la aceptación de la decisión del Congreso, de descalificarle. De hecho, hubo muchos indicios de que la tensión decaía y perdía fuerzas el movimiento político bonifacista. A la vez, un síntoma inquietante para la armonía futura se veía en la falta de unidad y liderazgo en las fuerzas que se habían opuesto a la calificación de Bonifaz como Presidente.

Agosto 24 - 26: El interés político se enfocó en la discusión en el Congreso, de la organización de un Gobierno Provisional y sobre los candidatos para las venideras elecciones presidenciales. La opinión fue afectada desfavorablemente por las maniobras en el Congreso para el control del Gobierno y también por la falta de prestigio y habilidad de la mayoría de los candidatos mencionados en la prensa, para la futura Presidencia.

El Senado consideró un proyecto que interpretaba el Art. 74 de la Constitución, de manera que dejaría encargado del Gobierno Provisional al Presidente del Senado desde el 1º de septiembre. El 25 de agosto, se enmendó para dejar el Gobierno Provisional, en manos del Dr. Baquerizo Moreno, a quien se le sospechaba de querer quedarse en el poder por lo

menos hasta las nuevas elecciones presidenciales. El 26 de agosto fue atacado por una carta virulenta en la cual el Dr. Luis Felipe Borja le acusó de haberse opuesto al Sr. Bonifaz por la negativa de este último, de encargarle de una Legación en Europa, de haber usado fondos públicos para comprar votos dentro del Congreso, y de haberse rodeado de hombres hostiles a Quito.

En los días 25 y 26 de agosto, había inquietud y rumores de un cercano golpe de estado; pero nada indicaba, sin embargo, que la situación estaba aún más alarmante que en otras ocasiones durante el año pasado.

Agosto 27: Un movimiento militar brotó en el cuartel del Regimiento Bolívar (artillería) alrededor de las 3 de la mañana. Después de una lucha breve, los oficiales se retiraron, dejando a la tropa el control del cuartel que contenía municiones y que estaba situado estratégicamente en una altura que dominaba la ciudad.

El movimiento a favor de Bonifaz fue respaldado por las tropas de los batallones “Constitución” y “Manabí” (infantería); la mayoría de cuyos oficiales o se fugaron o fueron depuestos. Se unieron a ellos la policía de Quito y una buena porción de la población, particularmente la pro-bonifacista Compactación Obrera, varios cientos de los cuales fueron armados por las tropas y la policía.

El movimiento no encontró resistencia efectiva y hasta el amanecer controlaba la ciudad. El Dr. Baquerizo Moreno se asiló en la Legación Argentina. El Presidente del Senado, el Ministro de Obras Públicas y el Ministro de Guerra habían fugado al sur con oficiales del Ejército para organizar la oposición. Las unidades “Yaguachi” (caballería) y “Montúfar” (ingenieros) también había salido al sur.

Durante todo el día, Quito carecía de Gobierno y de autoridades de cualquier naturaleza. Los bonifacistas trataron sin éxito de reunir el Congreso, pero no pudieron conseguir el quórum por la abstención de miembros de la oposición. Alrededor de las cinco de la tarde, el Señor Bonifaz llegó del campo y declaró que él no aceptaría una dictadura, insistiendo en el proceso constitucional.

Alrededor de las diez de la noche, cediendo a la opinión popular y presión de otro tipo, el Dr. Baquerizo Moreno renunció, habiendo nombrado al Sr. Carlos Freile Larrea, líder bonifacista, Ministro de Gobierno.

Agosto 28: El Sr. Freire Larrea despachó emisarios para conferenciar con las fuerzas de la oposición que ya avanzaba sobre Quito desde el norte y el sur. Los emisarios fueron acompañados por el Ministro italiano (al sur) y por el encargado chileno (al norte), los cuales no tomaron parte en las conversaciones, limitándose a proporcionar salvo-

conductos. Nada se logró, las fuerzas de oposición expresaron su intención de tomar Quito y castigar a las tropas sublevadas.

El Ministro italiano y el Encargado chileno comunicaron su impresión de que las fuerzas atacantes no aceptarían ningún convenio y que tenían suficiente fuerza para entrar en Quito esa noche o el día siguiente.

Por una conversación con el Ministro Argentino en la tarde, parecía que el Dr. Baquerizo Moreno, seguramente en vista de favorables reportes militares, todavía se consideraba “Encargado del Poder”, a pesar de su renuncia, la cual aún no se había aceptado por el Congreso (por eso mi telegrama Num. 37, del 28 de agosto a las 5 de la tarde). Sin embargo, (Num. 39, agosto 29, 9 de la noche) el Congreso se reunió en la noche del 28 de agosto y aceptó la renuncia. El Sr. Freile Larrea asumió automáticamente el poder ejecutivo y nombró a los Senadores del Hierro y Coloma Ministros de Guerra y de Gobierno, respectivamente.

Agosto 29: Las fuerzas de oposición atacaron Quito desde el sur, alrededor de las nueve de la mañana y desde el norte, en la tarde. La lucha, incluso el fuego de la artillería de ambos lados, duró hasta el anochecer. Mientras los atacantes avanzaron a las afueras de la ciudad desde los dos lados, no se había llegado a ninguna decisión, y en vista de la resistencia obstinada, era evidente que la toma de Quito, por fuerza, redundaría en

una batalla sangrienta y en mucho sufrimiento para la ciudad.

Agosto 30: El Sr. Freile Larrea solicitó los buenos oficios del Cuerpo Diplomático, miembros del cual transmitieron a las fuerzas del sur una propuesta para un armisticio y una conferencia. El armisticio comenzó a las dos de la tarde y la conferencia de la misma tarde terminó en un acuerdo sobre las siguientes bases:

Reconocimiento a la acción del Congreso y al Sr. Freile Larrea como encargado del poder ejecutivo; que el Dr. Humberto Albornoz se encargaría del Gobierno Provisional el 1° de septiembre; que las tropas de Quito regresarían a sus cuarteles y las tropas atacantes entrarían en la ciudad el 31 de agosto. El acuerdo incluía una cláusula vaga respecto a sanciones para la violación del deber, en que insistieron los líderes militares.

Agosto 31: El Sr. Freile Larrea no tenía ningún control efectivo sobre las tropas de Quito que estaban prácticamente sin oficiales ni líderes y desorganizadas. Temiendo el castigo, estas tropas demandaban garantías y, en vez de quedarse en los cuarteles, tomaron posiciones defensivas en la mañana del 31. Al pedido urgente del Sr. Freile Larrea, las fuerzas del sur fueron informadas de la situación en la ciudad, alrededor de las 8 de la mañana, por los Ministros inglés, francés y americano, los cuales el día entero acompañaron a los emisarios de un campamento al

otro, pero sin participar en las negociaciones. (Sobre la actuación del Cuerpo Diplomático se tratará en detalle en otro despacho).

Desde las 8 de la mañana del 31 hasta las 5 de la mañana del 1° de septiembre, esfuerzos constantes se hicieron de parte de líderes de ambos lados para mantener el armisticio y lograr un convenio que permitiría la entrada pacífica de las más numerosas fuerzas atacantes. El Dr. Humberto Albornoz tomó parte en tales esfuerzos, y más tarde el Presidente de la Cruz Roja. La dificultad estaba en el temor de castigo y la extrema desconfianza de las tropas de Quito que insistían en demandar garantías. Los líderes militares de la oposición no aceptaban ninguna condición e insistieron en que las tropas rebeldes de Quito fueran sometidas a la disciplina militar. A la vez declararon informalmente que no se impondrían castigos severos. El obstáculo aún más grande a un acuerdo fue la circunstancia de que las tropas de Quito no tenían ningún lado oficial o líder cuya autoridad reconocer.

Era casi imposible tratar con ello y no había ninguna seguridad de que se observaría un acuerdo. Además, la ciudad estaba llena de civiles bonifacistas armados por las tropas, como de la oposición, que disparaba desde las ventanas.

Bajo tales condiciones, había fuego casi continuo en la ciudad y entre las líneas aún durante el llamado armisticio, que terminó en

muchas recriminaciones de ambas partes.

Alrededor de las cuatro de la tarde, el Dr. Albornoz anunció que, en vista de la imposibilidad de algún arreglo militar satisfactorio, él se retiraba y no se encargaría del Gobierno Provisional.

Septiembre 1º: Por fin, un poco antes de las 5 de la mañana del 1º de septiembre, se encontró una fórmula satisfactoria para los dos grupos. Sin embargo, a esa hora era demasiado tarde para avisar a todas las tropas atacantes o conseguir el acuerdo de todas las tropas de Quito. Consecuentemente, hubo considerable lucha en el sur mientras avanzaban las fuerzas de ese lado, aunque probablemente menos que si no hubiera habido negociaciones. En el norte, donde los soldados atacantes aparentemente no fueron informados, hubo intenso fuego de artillería toda la mañana y un ataque de infantería sobre la posición defensiva de la “Bolívar” que fue rechazada con pérdidas considerables.

Septiembre 2: Se habían continuado las negociaciones durante el día primero. Los dos grupos deseaban un arreglo, y hasta la mañana del 2 las hostilidades se habían terminado definitivamente. Las fuerzas del sur entraron hasta el centro de la ciudad y ocuparon el palacio nacional en la mañana, mientras las fuerzas del norte entraron en la tarde. El “Constitución” y el “Manabí” aceptaron pronto los términos ofre-

cidos, mientras que la “Bolívar” se mantuvo firme hasta la tarde. Se ha evitado usar la palabra rendición y, aunque se castigará, en principio, la insubordinación, se ha dado garantías de clemencia.

En la mañana del 2 de septiembre, el Presidente del Senado, Dr. Alberto Guerrero Martínez, que había entrado con las fuerzas del sur, asumió el poder ejecutivo como “Encargado del Poder”. El Señor Leonardo Sotomayor y Luna, Ministro de Guerra en el gabinete del Dr. Baquerizo Moreno y él, que había organizado y comandado las fuerzas del sur, fue nombrado Ministro de Guerra. El día pasó sin novedades para alivio de civiles, como de militares.

El Congreso fue convocado para las tres de la tarde pero no fue posible reunir el quórum hasta la noche.

Sin ratificar específicamente la acción del Dr. Guerrero Martínez al asumir el poder ejecutivo, aquel otorgó al Gobierno poderes extraordinarios (Art. 86 de la Constitución).

ASPECTOS POLÍTICOS DEL MOVIMIENTO DE QUITO

Se ha afirmado en los círculos bonifacistas que la sublevación de las tropas de la “Bolívar”, en la mañana del 27 de agosto, fue precipitada por un intento de proclamar dictador al Dr. Baquerizo Moreno. Ninguna evidencia satisfactoria se ha presentado para justificar esta afirmación.

Mientras el verdadero origen del movimiento, tal vez nunca se sabrá, yo tiendo a creer que las tropas del regimiento “Bolívar”, y probablemente las de otras unidades de Quito, fueron conquistadas por partidarios del Sr. Bonifaz. Sus contrincantes mantienen que se distribuyeron entre las tropas, fuertes sumas de dinero. En todo caso, el Sr. Bonifaz y sus partidarios se habían esforzado durante meses, para ganar el respaldo de las tropas y de los oficiales menores, los cuales parecen haber considerado favorable aquella candidatura desde el principio. En esto fueron ayudados materialmente por la Compactación Obrera.

Los enemigos del Sr. Bonifaz, incluso los que ahora controlan el Gobierno, le declaran responsable en los trágicos hechos de la semana pasada. El Sr. Bonifaz había estado ausente de Quito desde el 22 de agosto y él me asegura que no sólo no había tenido ningún conocimiento de un movimiento en su favor, sino que vino a Quito en la tarde del 27 de agosto sólo a la insistencia de sus amigos y con el propósito de ayudar a mantener el orden en una ciudad sin autoridades. La circunstancia de que, a su llegada, él se negó a aceptar una dictadura, habla en su favor. Es mi opinión que, según la evidencia que se ha presentado, no se puede responsabilizar personalmente al Sr. Bonifaz por la sublevación militar del 27 de agosto. Sin embargo, por desgracia para él, fuentes fidedignas

le atribuyen haber dicho alrededor del 18 de agosto que, si el Congreso le descalificara, “la sangre correría en Quito hasta los tobillos”. Estas palabras se emplean en su contra, aunque, probablemente, eran nada más que una de esas exageraciones truculentas por las cuales es conocido.

Por otra parte, los bonifacistas y el mismo Sr. Bonifaz culpan de los hechos recientes al deseo de una trunca corrompida, de prolongarse en el poder.

También se han invocado motivos de regionalismo, por los dos grupos. Los bonifacistas y las tropas de Quito ven en el desenlace de la lucha, la victoria de elementos guayaquileños sobre Quito y temen un renovado predominio político de la costa. Este sentimiento regionalista, probablemente, jugará un papel importante en el desarrollo futuro de la política.

Los hechos recientes han acabado con el ya disminuido prestigio del Dr. Baquerizo Moreno. Sus antiguos Ministros, victoriosos, le encaran el hecho de haberse asilado en la Legación Argentina, en vez de haberles acompañado, y el subsiguiente nombramiento como Ministro, de un bonifacista.

ASPECTOS MILITARES

Tampoco se ha aumentado el prestigio de los oficiales ecuatorianos. Es improbable que el levanta-

miento del 27 de agosto sea debido menos al espíritu insubordinado de la tropa, que a su falta de respeto a sus oficiales; y esta falta de respeto probablemente es debida mayormente a la percepción de la tropa de que sus oficiales se han ocupado en maniobras políticas. Incidentalmente, se dice que en la noche de agosto 26 - 27 algunos de los oficiales del regimiento “Bolívar” presentes en el cuartel, estuvieron ebrios y que los del “Manabí” y “Constitución” abandonaron a sus tropas sin ningún esfuerzo efectivo para controlarlas. Un golpe serio al prestigio de los oficiales se ve sin duda, en la resistencia obstinada y eficaz de las tropas de Quito —tres unidades sin oficiales ni organización, apoyadas por unos cientos de civiles— contra fuerzas muy superiores dirigidas por la flor del ejército, incluso el Estado Mayor.

Mención particular merece el espíritu admirable de las tropas de Quito. Rodeadas y confrontadas con destrucción en una ciudad que estaba completamente en sus manos, trataron a la población civil benévolamente y, según cuanto me he podido informar, no hubo ni borracheras ni saqueos. En cambio, he oído contar de casos en que se que contentaron simplemente con desarmar a civiles hostiles, capturados al momento en que iban a disparar. Tal conducta es verdaderamente notable si se considera que el regimiento “Bolívar” estuvo

comandado por dos tenientes jóvenes, y el “Constitución” por un sargento.

Las operaciones militares en sí no son de interés especial. Por motivo de completar el reporte, sin embargo, se puede tomar nota de las fuerzas de los dos grupos. Quito fue defendida por el regimiento “Bolívar” (Artillería) y los batallones “Constitución” y “Manabí” (los dos de infantería), la policía, y unos cientos de civiles armados. (Las unidades ecuatorianas son generalmente desde 200 hombres para un batallón hasta 300 para un regimiento; pero rara vez están completas). Las tropas atacantes se componían de nueve unidades como sigue: Frente del sur, tres batallones de infantería (Quito, Carchi e Imbabura), dos batallones de ingenieros (Montúfar y Chimborazo); un regimiento de artillería (Sucre), y un regimiento de caballería (Yaguachi). En el Frente Norte, un regimiento de artillería (Calderón) y un batallón de infantería (Pichincha). Las fuerzas del norte fueron reforzadas por cien o más voluntarios de la Provincia del Carchi, los llamados “Pupos” temibles como luchadores y merodeadores, comandados por el Sr. Modesto Larrea Jijón. Unidades para la toma de Quito fueron traídas desde puntos tan distantes como Tulcán en el norte y Guayaquil y Cuenca en el sur.

PERDIDAS DE VIDA Y DESTRUCCIÓN

Información fidedigna respecto a bajas no se puede conseguir. Es probable que las bajas totales hayan sido alrededor de 500, divididos en porcentaje igual entre combatientes y no combatientes. Entre los combatientes, se dice que los policías y los civiles armados han sufrido en particular. Pérdida de vida, fue causada especialmente por el fuego de ametralladoras, rifles, pistolas; y los francotiradores contaron con muchas víctimas.

A pesar del intenso fuego de artillería, la destrucción fue relativamente poca, si tomamos en consideración que el ejército ecuatoriano estaba equipado de cañones que disparaban proyectiles explosivos contra las tropas. Aunque la Legación estuvo en la línea de fuego por horas y los proyectiles estallaron muy cerca, sólo fue alcanzada una vez. El edificio recibió el impacto sucesivo de balas; pero afortunadamente no se rompió un solo vidrio. En las casas cercanas del Sr. Page y el Sr. Reed, hubo daños de poca consecuencia por granadas de metralla y balas. (Por tres días y noches, el Sr. Page y el Sr. Reed con sus familias, tanto como las familias de nuestros sirvientes, se quedaron en la Legación que abrigaba en un momento dado a treinta y cinco personas).

La conducta admirable de las tropas de Quito ya hemos ano-

tado. La población no merece menos crédito, pues, aunque la ciudad carecía de policía y otras autoridades, se registraron pocos desórdenes o actos de violencia. En cambio, la entrada de las fuerzas atacantes fue acompañada de saqueo en pequeña escala, especialmente del mercado.

Mientras su suerte pudiera haber sido peor, la ciudad, sin embargo, sufrió cuatro días de bombardeo y batalla con la consiguiente angustia y pérdidas de vidas. Durante las hostilidades, la ciudad estuvo privada de agua y de electricidad, debido a daños en las bombas y líneas, y en el último día, hubo escasez de alimentos.

Respetuosamente,

William Dawson

ACTITUD Y ACTIVIDADES DEL CUERPO DIPLOMÁTICO DURANTE LOS HECHOS RECIENTES EN QUITO

Legación de los Estados Unidos de América

Quito, 5 de septiembre de 1932

Al Honorable Secretario de Estado,

Washington, D.C

Señor:

Tengo el honor de referirme a mi despacho Num. 668 del 3 de

septiembre, respecto a los hechos recientes en Quito, y de complementar este reporte con la siguiente declaración tocante a la actitud y a las actividades del Cuerpo Diplomático:

Después de conversaciones informales entre varios Representantes Diplomáticos, el Decano del Cuerpo Diplomático convocó a una reunión formal para el 28 de agosto, a las diez de la noche. La llamada se hizo a petición del Ministro Francés y del suscrito. El Ministro Francés estaba muy ansioso de intervenir de inmediato para evitar el encuentro entre las fuerzas de Quito y las que avanzaban sobre esta ciudad, por el norte y por el sur. Aunque yo no estaba convencido de la prudencia de tal acción, creí que en una emergencia tan grave debía reunirse el Cuerpo Diplomático, y consecuentemente estuve de acuerdo en pedir al Decano (el Ministro Argentino) a que reuniera a los colegas.

Asistieron a la reunión los Ministros Argentino, Inglés, Francés, Panameño, Peruano, Estadounidense, y los Encargados de Negocios de Chile, Cuba y Alemania.

La discusión duró alrededor de dos horas y versó sobre el requerimiento de garantías para las Legaciones y sus ciudadanos y la conveniencia de una oferta de nuestros oficios para prevenir un derramamiento de sangre.

Respecto a garantías, se acordó que no había por qué solicitar protección al Encargado del Poder Frei-

le Larrea en ese momento. La ciudad estaba tranquila; las tropas y los policías disponibles se necesitaban para operaciones militares; y el Cuerpo Diplomático estuvo de acuerdo en que cualquier solicitud de garantías, debería postergarse hasta que alguna decisión militar o algún otro arreglo resultara en el establecimiento de una autoridad, civil o militar, que pudiera ofrecer protección.

La cuestión de una oferta de buenos oficios fue considerada extensamente. Una moción de que el Cuerpo Diplomático tomara la iniciativa en ofrecer tales oficios, terminó en empate. Los siguientes votaron a favor: el Ministro Francés y Panameño y el Encargado Cubano y Alemán. Los que votaron en contra fueron el Ministro Argentino, Peruano, Estadounidense y el Encargado Chileno. El Ministro Inglés se abstuvo. En vista de la actitud decidida de ciertos colegas, debía realizarse inmediatamente algún esfuerzo para evitar el derramamiento de sangre, yo sugerí que cualquier Diplomático que deseara, se acercara al Sr. Freile Larrea para insinuarle que, si juzgare oportunos los buenos oficios del Cuerpo Diplomático, se solicitaran formalmente. Como era el sentimiento general que el Cuerpo estuviera pronto a prestar cualquier ayuda que se le solicitara, esta urgencia fue aprobada por unanimidad. A la vez, era entendido que cualquier colega que hiciera tal insinuación, la hiciera solamente en su propio nombre.

Al votar en contra una oferta inmediata de buenos oficios, el Ministro Peruano y yo nos basamos en las siguientes consideraciones: El Ministro Italiano y el Encargado Chileno habían proporcionado, más temprano en el mismo día, salvo-conducto a los emisarios mandados a las fuerzas que avanzaban desde el norte y el sur. Nuestros colegas expresaron la opinión de que la intervención del Cuerpo Diplomático sería rechazada por estas fuerzas que confiaban en la victoria y estaban resueltas a tomar la ciudad. Los emisarios mandados por el Sr. Freile Larrea no tuvieron éxito y, en vista de las circunstancias, resolvimos que una oferta de buenos oficios no sería prudente, sería tenida como intervención en asuntos domésticos, y que podría perjudicar la futura utilidad del Cuerpo Diplomático.

En la mañana del 29 de agosto, los Ministros Francés y Panameño y el Encargado Cubano visitaron al Sr. Freire Larrea y le sugirieron que, si la asistencia del Cuerpo Diplomático fuera deseada, sea solicitada formalmente. Ya se había comenzado el ataque a la ciudad.

En la mañana siguiente (30 de agosto), el Sr. Freile Larrea solicitó al Decano del Cuerpo Diplomático sus buenos oficios. Al pedido del Decano, los Ministros Inglés, Francés y Panameño, el Encargado Cubano y yo conferenciamos con el Sr. Freile Larrea y sus Ministros y en su nombre transmitimos a los líderes

de las fuerzas atacantes del sur, un pedido para armisticio, seguido por una reunión. Como reporté en mi despacho Num. 668, las fuerzas del sur aceptaron la propuesta para un armisticio, el cual comenzó a las dos de la tarde el 30 de agosto y fue seguido por una reunión que terminó en un arreglo político satisfactorio a ambas partes.

Las actividades de los representantes diplomáticos en el 30 de agosto consistieron en la conferencia con el Sr. Freile Larrea; la entrega de su pedido para un armisticio a los líderes del sur; la transmisión de su aceptación al Sr. Freile Larrea; el envío de órdenes a las fuerzas del norte para la suspensión de hostilidades (no teniendo las fuerzas del sur medios de comunicar estas órdenes prontamente); y el proporcionamiento de un salvo-conducto a la conferencia para el Sr. Freile Larrea y sus compañeros. Durante la mañana fuimos transportados en una ambulancia de la Cruz Roja que llevaba nuestras banderas en adición a la de la Cruz Roja; como la ambulancia era demasiado pequeña para llevar a todas las personas, fue acompañada en la tarde por mi carro que llevaba la bandera estadounidense.

Se debe notar que los diplomáticos se limitaron a facilitar comunicaciones y ofrecer salvo-conductos. No tomamos parte en las negociaciones; no estuvimos presentes en la reunión; y no firmamos un el armisticio ni el acuerdo. El Ministro Francés

hubiera preferido, estoy seguro, tomar un papel más activo y demostró una disposición a invocar el derecho internacional, el espíritu de Génova, y el Pacto Kellogg, de manera que obtuvo una respuesta mordaz de parte del líder del sur, el Sr. Sotomayor y Luna. Consciente del peligro de subsiguientes acusaciones de intervención en asuntos nacionales y de acuerdo particularmente con mi Colega Inglés, tuve cuidado, en conferenciar con el Sr. Freile Larrea y en transmitir su pedido para un armisticio, a los líderes del sur, de declarar en términos claros que el Cuerpo Diplomático no deseaba intervenir en asuntos internos, que se había abstenido de una oferta espontánea de buenos oficios, y que estos oficios fueron ofrecidos sólo al pedido del Sr. Freile Larrea.

Estoy satisfecho de que el arreglo hecho el 30 de agosto habría terminado las hostilidades, si el Sr. Freile Larrea hubiera tenido algún control sobre las tropas de Quito, o si estas últimas hubieran tenido oficiales o líderes cuya autoridad reconocer. Desgraciadamente, este no fue el caso y alrededor de las seis de la mañana el 31 de agosto, el Sr. Freile Larrea me telefoneó que, al contrario de su acuerdo con las tropas del sur, sus hombres habían reasumido sus posiciones defensivas y que él presumía haría fuego a las tropas del sur que debían entrar en la ciudad esa mañana. El Sr. Freile Larrea dijo que no tenía como prevenir a las tro-

pas del sur y pidió mi ayuda. Le pedí que informara a los Diplomáticos que nos habían acompañado el día anterior y que sugiriera prontamente con nosotros en la sede de él.

Los Ministros Francés, Inglés y yo nos reunimos con el Sr. Freile Larrea a las siete de la mañana y, después de una breve conferencia, nosotros tres nos dirigimos en mi carro al frente del sur. El resto del día se pasó en una serie de esfuerzos de parte de ambos lados para mantener el armisticio y llegar a un acuerdo que permitiría una suspensión definitiva de hostilidades y la entrada pacífica de las fuerzas atacantes. Participó en estos esfuerzos el Doctor Humberto Albornoz, el cual debería haber asumido el poder ejecutivo el primero de septiembre; pero se retiró ante la imposibilidad de impedir que continuara la batalla. Entre las seis de la mañana y la seis de la tarde, mi carro llevando la bandera estadounidense, hizo cuatro viajes al frente del sur y uno al frente del norte, visitando, además, los Cuarteles de Quito. Yo estaba por supuesto, siempre en el carro, acompañado hasta la una de la tarde por los Ministros Inglés y Francés, y desde esa hora sólo por el Francés, habiéndose retirado nuestro colega Inglés para dejar espacio para otras personas. En la mayoría de los viajes, llevamos al Doctor Albornoz y a los oficiales de ambos lados de un campamento al otro, consistiendo nuestra misión solamente en mantener comunicación

y facilitando salvo-conductos como en el día anterior. Aparentemente, no había otros medios de asegurar contacto ya que habían disparado a los vehículos de la Cruz Roja. Como he indicado en mi despacho Num. 668, el armisticio en ese lapso nunca fue observado realmente por las tropas; y la presencia en toda la ciudad de franco tiradores civiles, hizo inevitables y constantes los disparos. Aunque mis colegas y yo estábamos expuestos continuamente a los disparos de rifles y cañones, estoy seguro que nunca se disparó intencionalmente a mi carro y soy feliz al informar que no fue tocado.

Un poco después de las seis de la tarde, regresé a la Legación luego de traer a Quito a un Comandante Pareja (un oficial retirado que se había plegado a las fuerzas de Quito) que llevaba propuestas que esperaba que aceptarían las tropas de Quito. Alrededor de las siete y media de la noche, él telefoneó para decir que las propuestas fueron rechazadas, que él trataría de avisar a los líderes del sur mediante la Cruz Roja, y que reiniciarían las hostilidades la mañana siguiente. A las nueve, el Presidente de la Cruz Roja, el Sr. Leopoldo Seminario, me pidió que le acompañara a él y a un Coronel Salvador (otro oficial retirado que servía al gobierno de Quito) al frente del sur en una misión que parecía prometedora. Durante la noche, hice dos viajes al sur con el Sr. Seminario y el Coronel Salvador, regresando a la Legación a los

cinco de la mañana. Al último minuto se había encontrado una fórmula satisfactoria, pero ya era demasiado tarde para cancelar las órdenes dadas para un avance.

El fuego comenzó a las siete de la mañana del primero de septiembre. En vista de mis experiencias del día anterior, sentí que no pude hacer nada más de provecho y que, mientras nuestros esfuerzos habían acercado a las partes contrarias, la falta de unidad y organización entre las fuerzas de Quito, hacía imposible llegar a un acuerdo, hasta que las tropas atacantes estuvieran en control de una buena porción de la ciudad. Además, mi chofer estaba agotado y el carro en necesidad de reparaciones y yo no quería salir de la Legación si no fuera imprescindible. Alrededor de las diez, un grupo de soldados llamó y pidió que les acompañara con propuestas para las tropas del sur. Yo rehusé, pues no tenía ninguna razón para creer que algún acuerdo que se hiciera, sería aceptado por el cuerpo entero de las tropas de Quito. En fin, yo creí que se llegaba a una etapa en que más asistencia de parte de un diplomático comprometería su responsabilidad en llevar a cabo cualquier acuerdo a que se llegara, una contingencia que yo había tratado de evitar desde el principio.

Alrededor de la una, durante una pausa en el fuego, el Ministro Italiano llegó a la Legación con un mensaje del Decano del Cuerpo Di-

plomático, pidiendo que por el momento yo asumiera su puesto para el propósito de prestar los buenos oficios que se entendían fueron solicitados por el Intendente de Policía de Quito. Como mi teléfono estaba interrumpido, fui a la Legación Italiana desde la cual el Ministro Italiano y yo telefonamos al Intendente que el Decano del Cuerpo Diplomático me pidió que le representara y que, si fueran requeridos mis servicios, me podrían encontrar en la Legación Italiana. Sin embargo, aparentemente, el Ministro Francés ya estaba interviniendo activamente (o por su propia iniciativa o por pedido) y no me llamaron para prestar más servicios. Mi colega francés tomó un papel activo en las negociaciones del primero y del dos de septiembre y, mientras parece que haya rendido un servicio útil, lo que él me había dicho me hace temer se haya comprometido de alguna manera que le pueda causar futuro embarazo.

Queda por mencionar un último punto. En la tarde del 31 de agosto, durante las negociaciones entre el Coronel Romero (de las fuerzas del sur) y los soldados representantes de las tropas de Quito, el Doctor Humberto Albornoz se me acercó para informarme que se iba a retirar, que consideraba la situación sin esperanza; y que creía que el Cuerpo Diplomático debía abandonar Quito.

Incidentalmente, expuso su deseo de acompañarnos. En consecuencia de eso, me acerque al Co-

ronel Romero y los soldados y les informé que, si se reanudaran las hostilidades, yo me vería obligado a demandar que se diera suficiente tiempo para que el Cuerpo Diplomático y los residentes extranjeros abandonaran la ciudad. Añadí que tal acción dañaría el prestigio ecuatoriano en el exterior. Esta declaración se hizo en la presencia de varias personas y la volví a repetir más tarde a los líderes de las tropas del sur. Se la hizo solamente para impresionar a los dos grupos en cuanto a la gravedad de la situación y en esperanza de que les condujera a buscar un arreglo, y juzgando de la manera en que se recibió, creo que habría tenido este efecto, hubieran sido las circunstancias tales para hacer posible un acuerdo en ese momento. Por supuesto, no tuve ninguna intención de abandonar Quito; y de todos modos, es muy dudoso que hubiera sido práctico o deseable evacuar a las colonias extranjeras. Parece que en la mañana del primero de septiembre, cuando se reanudaron las hostilidades, el Encargado Cubano pidió al Decano del Cuerpo Diplomático, que hiciera los arreglos para permitir que los diplomáticos salieran de la ciudad. Sé que mi colega Cubano había considerado esta eventualidad algunas horas antes de que yo hiciera la declaración referida.

Siento la extensión del presente despacho. Sin embargo, he considerado indispensable informar al Departamento completa y fielmente en

cuanto a mi actuación que fue dictada solamente por mi deseo de evitar un derramamiento de sangre, y en mi calidad de Ministro americano. No creo que mi actuación haya causado resentimiento ni haya sido objeto de críticas en círculos oficiales y he recibido muchas muestras de que ha sido apreciada por la población de Quito.

Respetuosamente,

William Dawson

MÁS SOBRE EL RECIENTE MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN QUITO

Legación de los Estados Unidos de América

Quito, 12 de septiembre de 1932

Al Honorable Secretario de Estado,

Washington, D.C

Señor:

Tengo el honor de referirme al despacho Num. 668 de la Legación, fechado el 3 de septiembre de 1932, y de presentar la siguiente exposición suplementaria sobre el movimiento revolucionario que brotó en Quito el 27 de agosto:

BAJAS

En el despacho Num. 668, la Legación calculó el total de bajas

alrededor de quinientas. Los reportes de la prensa han calculado el número de mil o más. Mientras estas cifras pueden ser exageradas, parece que las pérdidas civiles y militares eran más de lo que se había pensado al principio y que las bajas probablemente sumaron un número muy superior a quinientos.

CARGOS CONTRA SACERDOTES

Se ha informado de la Legación que la prensa extranjera ha publicado reportes de que sacerdotes y monjes participaron en la batalla a favor de las fuerzas de Quito. Acusaciones semejantes se han hecho aquí durante la semana pasada. No tengo conocimiento de ningún caso en que se ha comprobado, y yo dudo que sean ciertas. Mi chofer vio una ametralladora colocada en el techo de la Iglesia de Santo Domingo. Sin embargo, como la iglesia esta al lado del cuartel del Batallón "Constitución", parece racional presumir que el arma fue colocada en el techo por los mismos soldados.

RESPONSABILIDAD POR LOS HECHOS

En la Prensa y en el Congreso, los liberales han denunciado la reciente revolución como el resultado de las maniobras de hacendados ricos y otros reaccionarios que compraron a las tropas y que fueron ayudados por la Iglesia. Los bonifacis-

tas, en cambio, ven en el movimiento una protesta contra la descalificación del Sr. Bonifaz por políticos corrompidos y elementos radicales. Por supuesto, ambos lados manifiestan haber respetado la Constitución.

Los políticos, claro, nunca estarán de acuerdo en cuanto a las causas de la revolución; y es dudoso que historiadores imparciales logran satisfactoriamente establecer el grado de responsabilidad que cargará cada grupo. El movimiento tuvo, por supuesto, su origen inmediato en la sublevación de las tropas, las cuales fueron conquistadas probablemente por partidarios del Sr. Bonifaz y otros elementos. Las causas profundas y la verdadera responsabilidad, sin embargo, deben buscarse en los hechos del año pasado y en la larga lucha sobre la presidencia del Sr. Bonifaz.

Esta lucha envolvió a favor del Sr. Bonifaz a muchas personas de toda clase social, quienes creían sinceramente que su candidato no sólo tenía derecho constitucional a la presidencia, sino que ofrecía la mejor perspectiva para una administración honrada y eficaz. Los partidarios del Sr. Bonifaz incluyeron además a muchos terratenientes ricos que se interesaban primordialmente en un gobierno que combatiría las tendencias radicales. Es probable que la Iglesia también favorecía al Sr. Bonifaz y que el clero ejerció su usual influencia discreta y eficaz a su favor. En diversos grados de importancia y de varias

maneras, estos elementos contribuyeron sin duda al estado de ánimo que resultó de la sublevación militar del 27 de agosto y la subsiguiente participación de una considerable número de la población de Quito.

Las fuerzas opositoras al Sr. Bonifaz se componían de muchas personas sinceras que se oponían a él por razones patrióticas (en vista de su alegada nacionalidad peruana) o porque veían en las fuerzas detrás de él una verdadera amenaza a las instituciones liberales. A la vez, mucha de la oposición fue debida a los motivos puramente personales y egoístas de políticos y burócratas. También fue combatido muy agresivamente por elementos radicales que temían su mano fuerte. Como en el caso de los partidarios del Sr. Bonifaz, los varios elementos que le combatieron tienen que cargar una parte de la responsabilidad por el estado de ánimo que acabó en la revolución.

INFORMACIÓN PROPORCIONADA POR EL SR. BONIFAZ

Durante su estadía en la Legación, el Sr. Bonifaz me dijo en confianza que él atribuía su oposición principalmente a dos causas: su promesa de construir inmediatamente una carretera de Quito a Bahía de Caráquez y su intención de dar una administración honrada al Ferrocarril de Quito y Guayaquil.

En cuanto a la carretera, él declaró que tenía intenciones de ter-

minar en un año una carretera para automóviles a la Provincia de Manabí, dando a Quito acceso directo a la mar, y que las noticias de este proyecto habían causado una oposición violenta dentro de los círculos políticos de Guayaquil.

Respecto al Ferrocarril Quito - Guayaquil, el Sr. Bonifaz está convencido de que su administración es corrompida. Él declaró que un reporte de un representante de la oficina del Contralor General sobre el Ferrocarril fue suprimido recientemente por el Gobierno; que era sabido que él iba a acabar con la “coíma”; y que esa fue una de las razones principales para la oposición del Sr. Manuel A. Navarro y los amigos de éste en el Gobierno.

Respetuosamente,

William Dawson